**DEL INTERCAMBIO HUMANITARIO AL INTERCAMBIO EPISTOLAR**

**Palabras clave:** Negociaciones de paz, Estado colombiano, guerrillas, diálogo epistolar, intercambio humanitario.

**Número de palabras:** 2642

Se abre paso la campaña por un nuevo diálogo entre el estado colombiano y las guerrillas. El ambiente previo ha sido preparado y madurado con declaraciones, hechos y gestos de parte del presidente Santos, del Vicepresidente Garzón, del resonante grupo Colombianos por la paz, del jefe de las FARC y del COCE del ELN. El coro no ha estado ausente: columnistas de casi todos los cuños y tendencias, como corresponde con el peso de la Unidad Nacional, periodistas, voceros políticos, profesores y sacerdotes. El Congreso ha aprobado una Ley de Reparación de víctimas y de restitución de tierras que muchos califican de revolucionaria y positiva para los grupos armados irregulares, en dicha ley se hace el reconocimiento de la existencia de un conflicto armado que también satisfaría un viejo anhelo de guerrillas sedientas de reconocimiento político y legitimidad. Se da casi como un hecho la existencia de contactos reservados y ultra secretos a pesar de la intensa campaña de acciones terroristas adelantadas por dichos grupos contra la Fuerza Pública, pueblos del Cauca, pobladores rurales, comunidades indígenas y el gremio de transportadores.

La euforia se apodera de todos los círculos de opinión mientras se arrasa con la crítica y con todo aquel que se atreve a señalar los peligros de la ingenuidad o la necesidad de plantear exigencias fuertes y perentorias para evitar la repetición de dolorosas y humillantes experiencias del pasado. Se torna en estribillo el señalamiento de militaristas y guerreros para aquellos que advierten sobre el peligro de caer en un nuevo engaño. La avanzada de todo este dispositivo propagandístico que pretende ablandar a la opinión pública vendiendo la idea de un nuevo aire, de un ambiente propicio a los contactos por obra y gracia del cambio de gobierno, del cambio de estilo y de énfasis, es el mismo colectivo que se ha apropiado de la palabra “paz” con el pomposo nombre “Colombianos por la Paz” que en ocasiones anteriores ha intentado convencernos de que lo que más ha hecho falta en Colombia para firmar la paz es la realización de gestos que recuperen la confianza entre las partes. Más concretamente, que la guerrilla libere a los “prisioneros de guerra” o cuando menos a los “militares retenidos” y que el gobierne acepte el hecho como un gesto de buena voluntad.

Parto de la base de que la inmensa mayoría de colombianos, y no sólo los que se agrupan en ese organismo, deseamos sinceramente el cese de la violencia y el restablecimiento de la paz por la vía negociada. Ese deseo no puede ser enajenado para el manejo y manipulación de quienes actúan como si fueran los representantes de los colombianos, cuando apenas constituyen un punto de vista entre muchos otros. Para que seamos claros y contundentes, el problema no consiste en que al deseo de paz de un pequeño grupo se opone el de un sector guerrerista y militarista, que preconiza la tierra arrasada y la derrota total de los violentos. No, el problema consiste realmente en la existencia de profundas divergencias acerca de lo que entendemos por paz y por las condiciones ideales y propicias para iniciar diálogos.

El colectivo Colombianos por la Paz, ante el fracaso de anteriores iniciativas, ha optado por iniciar un intercambio epistolar con los jefes de las guerrillas. En el plan de reabrir el debate político en una lucha degradada hasta el extremo y ante la evidente pérdida de perspectiva y horizonte político de la mismo y en particular, ante el ostracismo de los más veteranos comandantes, cada vez más desprestigiados, se trataría de abrirles, desde la “sociedad civil”, un espacio para volver a conversar sobre los problemas del país y preparar el terreno para el inicio de negociaciones que nos lleven a una “salida política negociada”, algunos agregan “del conflicto social y armado”.

En este ajetreo en el que la ex senadora Piedad Córdoba se mueve con gran febrilidad, el historiador Medófilo Medina, ex militante del partido Comunista de Colombia y ex jefe de las Juventudes Comunistas, conocedor de la historia del país y de la de su partido, así como de los debates que se han vivido a su interior en torno a la vigencia de la lucha armada y los nexos entre partido y guerrilla, le ha dirigido una epístola al comandante “Alfonso Cano”. En un tono de indudable respeto, le recuerda quien es el que le escribe, como para que no se despache con fáciles evasiones. Le reitera la intensión del grupo por “iniciar un diálogo epistolar más allá de las diatribas y la estigmatización”. Lo convoca a retomar la discusión sobre la guerra y la paz y le hace ver la necesidad de que le expliquen al país por qué persisten en una guerra que ya lleva más de 47 años que no ha dejado un balance positivo a los movimientos populares y de masas ni le ha reportado ganancias al campesinado. En la larga y bien redactada misiva, el historiador Medina, se adentra en tópicos delicados en el debate: los argumentos históricos de las FARC, los cambios de la autodefensa campesina a la lucha guerrillera, recuerda la decisión del partido comunista en 1966 en su X congreso cuando “l**e dio contenido estratégico a la lucha armada guerrillera al adoptar la política de combinación de todas las formas de lucha como su teoría y su práctica**.”(S.M.)

A medida que avanza en su disertación, Medina aprovecha para lanzar algunas críticas importantes y hasta valerosas viniendo de la pluma de un ex militante que no ha renunciado a su espíritu de izquierda. No voy a proseguir en el resumen de contenido y optaré por entrar en el campo del debate. La epístola de Medina es un documento valioso no tanto por los muy improbables procesos de cambio que desate en el seno de las guerrillas, sino porque arroja elementos para entender la diversidad de puntos de vista que existen en torno del tema del conflicto armado, de la negociación y de la paz, aún en aquellos sectores que la han propiciado o que han simpatizado con ella o que la han justificado desde la academia.

Inicialmente me hago la pregunta ¿De qué sirve increpar al comandante Cano por el lánguido resultado de 47 años de lucha armada si unas líneas antes le da la razón al sostener que dicha lucha es producto de “factores objetivos” y que hay “causas estructurales como la pobreza, la monstruosa desigualdad en la distribución del ingreso, la inconmovible concentración de la propiedad sobre la tierra…la lucha armada hunde sus raíces en este océano de privaciones e iniquidades”. Ni tonto que fuera el comandante Cano como para no responderle a Medina que precisamente, la no resolución de esta mar de injusticias es lo que justifica proseguir con la lucha armada. Pero no hablemos por los otros. Lo que aparece en toda su crudeza es la vieja idea del determinismo histórico y social como factor para el levantamiento armado de la población ante condiciones de iniquidad. Una idea que nace de una concepción mecanicista de los procesos sociales muy cercana al dogma del materialismo marxista histórico, una idea criticada con agudeza por Lenin cuando escribió contra los espontaneistas que ponían el énfasis en las condiciones objetivas mientras el deber de los revolucionarios marxistas, según el padre de la revolución rusa, era el de preparar las condiciones subjetivas para el triunfo de la revolución, a saber: periódico, partido y masas organizadas. Pero dejemos que sea el decurso de los hechos lo que nos diga si tienen razón los que piensan que las condiciones objetivas bastan para lanzarse a incendiar la pradera: son mas de 47 años como acertadamente dice Medina, durante los cuales todas las guerrillas intentaron y siguen intentado representar al pueblo, al proletariado y al campesinado, sin que la fusión entre esa “vanguardia armada” y el “movimiento de masas” logre concretarse en un proyecto con alcance real o con posibilidad de cambiar las estructuras de la sociedad y la economía. Le faltó al profesor Medina agregar que no sólo es magro el balance sino que la lucha armada y el contenido político de la misma está totalmente rechazada por la inmensa mayoría de los colombianos. Se equivoca Medina cuando afirma que esas mayorías cayeron en las “manos de la extrema derecha” como si el rechazo a ellas no fuera consecuencia evidente del doble juego de las guerrillas en las negociaciones de paz, de los sistemáticos crímenes de guerra y violaciones sin fin de los derechos humanos. La verdad es que el dolor, el desengaño y los sentimientos muy negativos llevaron a esas mayorías a pensar que era mejor un triunfo del estado que una victoria de las guerrillas. No es pues razonable que el profesor Medina, tan recatado con Cano se le vaya la mano al calificar de esa manera tan impropia a las mayorías nacionales.

Me hago otra pregunta sobre la epístola ¿Qué sentido tiene hacer concesiones sobre un pasado remoto e idílico en que las Farc tuvieron el apoyo de importantes sectores del campesinado? ¿Acaso lo tienen ahora? ¿Acaso no están replegados a la selva profunda y a la alta montaña y cada vez más aislados de los movimientos sociales y alejados del discurso político, viviendo cada vez más a costa del narcotráfico? Medina se lo dice a Cano, pero dorando la píldora, no es un asunto de cumplir o no unos preceptos, es reconocer que el narcotráfico bandolerizó y narcotizó a las guerrillas y que eso no tiene reversa.

El profesor Medina dedica unas palabras al “genocidio de la Unión Patriótica” y le da la razón a la guerrilla en el sentido de que eso fue producto de una alianza perversa entre militares y paramilitares y mafias. Pero tiene el valor de recordarle que el tema de la combinación de todas las formas de lucha fue un “fardo”, sin más. Me parece que le faltó referirse a la prosecusión de los secuestros y de las violaciones a la tregua y al doble juego: lucha parlamentaria-lucha ramada a la vez.

No hay una palabra en la carta sobre la traumática experiencia de negociación de El Caguán, clave para entender la gestación de un estado de opinión favorable a la confrontación con una guerrilla que utilizó la zona de distensión para secuestrar, para burlarse del gobierno y para *mamarle gallo* a la paz. No dice una palabra sobre las reiteradas declaraciones de la comandancia fariana a medios internacionales en el sentido de que a ellos lo que les interesaba era la toma del poder por las armas.

Pero, lo que en mi parecer es más criticable en las palabras de Medina a Cano tiene que ver con varios asuntos: el primero es el de pensar, a estas alturas del llamado “conflicto armado”, que la guerrilla no puede aceptar que se tramite el fin del conflicto como si se tratara de una mera reinserción. En el fondo de esta premisa tiene que residir una convicción muy problemática según la cual, la guerrilla es un factor de poder en la medida que representa a sectores importantes del campo y las ciudades. Como para consolarlos les dice que la “salida negociada del conflicto no significará el cumplimiento automático de los cambios” lo que implica reconocerles estatus de representantes de los social y abanderados del cambio.

Lo segundo es que Medina omite cualquier referencia a la política de violación sistemática de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario por parte de las guerrillas. No creo que haya sido por evitar el disgusto del comandante Cano. Creo más bien que Medina, al igual que muchos otros intelectuales de este país, militantes de la izquierda y activistas de la paz, consideran que las guerrillas no pueden someterse al DIH, como lo sostiene en amplio documento el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, y que el único violador de los derechos humanos es el Estado por ser alta parte contratante de los mismos ante la comunidad internacional.

En tercer lugar y como consecuencia de la anterior observación, derivamos a una lectura o narrativa de la violencia colombiana simplista, unilateral y sesgada según la cual los culpables de todos los males del país son: el Estado, la oligarquía y el imperialismo, que aquí no hay una verdadera democracia y que las guerrillas son expresión de condiciones objetivas de injusticia, por tanto, son altruistas y justicieras y con las cuales hay por tanto que negociar la agenda nacional. Es un relato moralista que presupone, al margen de los hechos reales, que la verdad y la moral están del lado de los insurgentes y que todo el conflicto y la violencia en Colombia se simplifica en el enfrentamiento entre los malos y los buenos. En la carta de Medina sobresale la queja ante la ceguera de los comandantes que no quieren ver y valorar en su justa medida el ascenso de las izquierdas en América latina por la vía electoral. Por supuesto hay algo más que ceguera y cortedad de miras, hay algo más que simples errores de apreciación, la cuestión es el desmadre moral y la deriva criminal del accionar de los grupos guerrilleros.

Las anteriores reflexiones nos sirven para hablar del tipo de negociación que habría de adelantarse, una negociación de tú a tú entre el Estado y las guerrillas que gire en torno de las reformas que requiere el país, que suponga el reconocimiento político, por tanto de la amnistía y del derecho a hacer política, sin compromisos previos. O, por el contrario, se justifica un diálogo, sí y sólo sí las guerrillas aceptan una serie de condiciones previas.

He aquí el mayor problema de la epístola y en general de las propuestas de “Colombianos por la Paz” , promover y ambientar unos diálogos sin condiciones y sin compromisos de la guerrillas, no sólo en el sentido de liberar a los secuestrados, sino de suspender las acciones militares y declarar su intención de abandonar la lucha armada. Los que piensan que es posible una negociación sin requisitos desprecian la experiencia anterior, desconocen la validez y legitimidad del amplio sentimiento social de que las negociaciones deben conducir al desarme de la guerrillas. Desconocen que las guerrillas perdieron toda capacidad estratégica de tomarse el poder. Pero, además, piensan que una negociación en términos de justicia alternativa no es generosa y en cambio es humillante. Plantear una negociación como si nada hubiese cambiado en estos últimos 9 años, es decir, volver a empezar como en 1999, es realmente insostenible e inaceptable. Las guerrillas deben entender, como las de Centroamérica, que fracasaron en su proyecto de tomarse el poder para establecer el paraíso socialista, y que eso no constituye una humillación. Es una verdadera lástima que sectores de izquierda, intelectuales progresistas, columnistas y liberales despistados en vez de presionar a las guerrillas para que entiendan que lo mejor que pueden hacer es disponerse a la desmovilización y solicitar un acompañamiento para un digno final de reinserción. Pero ni de vainas, estos sectores consideran que eso no sólo no es justo sino que la guerrilla debe ser tratada como un opositor y se debe negociar con ella temas de la agenda nacional y permitírsele salir a hacer proselitismo político.

A quienes pensamos que tal escenario no es realista ni sensato ni justo con la sociedad nos deben dar razones y argumentos en vez de epítetos desobligantes e hirientes. Que nos demuestren dónde reside la representatividad de las guerrillas y dónde su fortaleza militar no criminal. La paz no puede ser el resultado de un perdón sin límites o de una reinserción sin reparación y sin verdad y jurídica. Por eso recomendamos al Alto Gobierno activar las llaves del diálogo y de la negociación solamente si las guerrillas declaran expresamente su voluntad de abandonar el camino de las armas. De no darse esa condición carece de sentido toda iniciativa incluidos los diálogos epistolares.

**Darío Acevedo Carmona**

Medellín, 22 de agosto de 2011